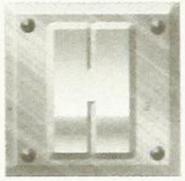


Isabel Custodio y sus gallinas

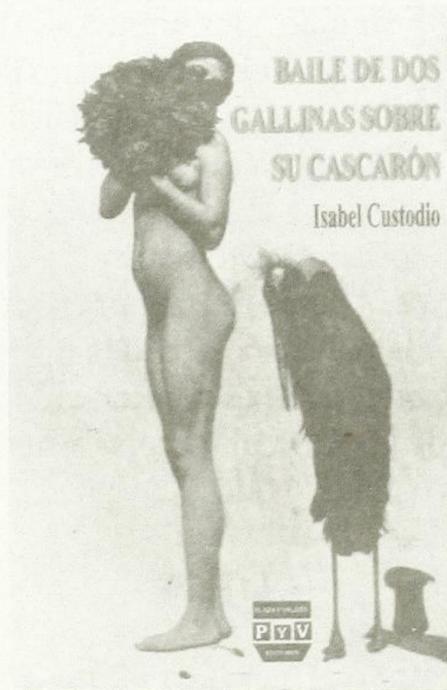
María Luisa Mendoza



e jurado incesantemente y por doquier no presentar un libro más en mi vida y no obstante caigo en la tentación si me gusta lo leído y me enamoro de uno de los personajes del autor, como me ocurrió con un pajaraco de patas largas acedo de carácter, berrinchudo, drogadicto y de origen azteca por su inclinación a comer corazones tiernitos. Se llama Hervé, femenina y feminista y quien se lanza en busca de las aventuras con una fruición sin igual sin fin por el planeta.

Isabel Custodio nos ofrece ahora y sorpresivamente en su primer libro, novela, ¿de aventuras?, de veras fuera de serie, primero por estar muy bien escrito, y esto no es común dada la proliferación de tomos y tomos al aventón o con tales presunciones que molestan, cuando sabemos solamente es necesario contar, contar bien, sin petulancias esnobs y personajes inventados -si bien le va al lector-, de una fatuidad acusadora de los intentos del autor por apantallar a los burgueses. Empecé *Baile de dos gallinas sobre su cascarón* precavida, miedosa, Mendoza con tiento, y fui atrapada en el camino eficazmente porque las dos protagonistas de ambas noveletas son encantadoras, muy bien trazadas, muy distintas, y cada una dejando ir por allí y acullá guiños de autores a los cuales Isabel Custodio ama y lee desde niña, muchacha nacida en España y quien vino con su padre Alvaro Custodio después de la expansión de la estrella que fue la República española. Por cierto, conocí a Alvaro porque, gran teatrero, nos ofrecía obras maravillosas principalmente la paráfrasis de *La carroza del Santísimo* con la divina Rosaura Monteros dentro de un traje precioso, zapatitos de mil botones y un

arzobispo loco de amor por aquella almendra color tabaco en el papel de su vida. Alvaro era cultísimo e Isabel tanto monta, digna hija y hoy novelista de fuste, porque no es fácil retener a la fantasía en una línea de narración y dejarla no obstante engalanarse con diferentes asuntos como si Isabel fuera bordando las telas e incrustándoles piedras preciosas, galones, espejitos y pasalistones en un barroquismo deslumbrante. ¿Por allí anda Virginia Woolf y Orlando?, le dije y pregunté, porque un aire de contradanza en el



tiempo, un brincar las épocas, unos cambios súbitos de asentamientos humanos (como hoy se dice) me orlandearon. Isabel se asustó o indignó, o bien a bien estupefacta arrepintiose tal vez de haberme invitado a hablar. Pero como a mí Virginia me marcó tal Visconti y Henry James, y por supuesto Proust pasando por Nabokov y Carpentier, bueno, Custodio moviome mis tornillos y apretolos.

Sí, es bien nacida, "un poco árabe, un poco judía, un poco fenicia, un poco visigoda, un poco loca...". En la mezcla característica de nosotros los

de origen español salen señas y narices, ojos y caderas, y absolutamente el carácter de explosión como la que ahora se usa para declarar la guerra.

Así somos, qué le vamos a hacer. Isabel estuvo siempre en mi juventud de oro puro porque era la bonita de la casa y mis amigos hubieran querido ser Hervé, el pájaro enviado a ella por Richard Muller en 1913, lo malo, perdonando el crimen antifeminista, que Hervé sea mujer y no el erguido general Juan Cayo Cruz, el varón de la segunda mujer, la amante por antonomasia, la de los apartes en castellano a diferencia de la Rocaille en francés siempre, cuando ambas en sus circunstancias distintas meditan en sus idiomas natales. Luego en sus matrimonios desapareció Isabel muchos años y la reencontré en otra obligada presentación de autobiografías de mujeres liberadas, escritoras de México.

Lo extraordinario sin duda en la profusión de caminos para contar de Custodio: llena sus silencios con otras disquisiciones vitales y en eso me reconozco. Dicen que no dejamos respirar a la prosa y esto, que nos caracteriza, no es un defecto como los enemigos secos nos endilgan, sino los completos continentes que no nos caben en el cuerpo.

Me gustaron las *Dos gallinas* por exuberantes. Las publica Plaza y Valdés Editores. Ojalá y no las vayan a gallinacear los ninguneos y sean, sin pichicatos cuentachilismos, triunfadoras en un mundo de omisiones, calladurías, con los actos memoriales de exigir que no existamos nosotras las solitarias mujeres de la república de las letras donde suenan nada más chicharrones de fantasía.

Excelsior 30/9/2001